CARTA XLI.

DE LA CONDESA A MADA DE MONTIER.

No sé dónde hallar fuerzas para instruiros del terrible y funesto accidente con que la mano de Dios acaba de castigarnos. Demasiado agoviada mi hermana con su desgracia, para poder instruiros de ella, me encarga esta triste comision. Hemos perdido al Marqués, querida madre mia; pero el funesto momento que nos le arrebató, fué precedido de circunstancias muy propias para haceros hallar su muerte preciosa á los ojos de la fé. No faltaba ya á la virtud de mi hermana mas que ésta última prueba. Si no fuese por la perfecta resignacion de que se ha hecho una dichosa costumbre, tendríais que llorar su muerte igualmente que la de su esposo; pero la religion la sostiene.

Es dificil creer que no haya tenido nuestro querido Marqués algun presentimiento de su próximo fin, pues de algunos meses á esta parte nos hablaba libremente de él, aunque confesase que gozaba de la mejor salud: salió estas tres últimas tardes sin que nosotros, ni remotamente sospechásemos lo que le ocupaba. Ha cuatro dias que su criado le llevó el caldo que tenia costumbre

de tomar todas las mañanas; vos sabeis que siempre tuvo mucha confianza en este hombre: le dijo que no queria tomar nada, porque iba á concluir aquella mañana una confesion general que habia tenido fuertes inspiraciones de hacer; que esperaba comulgar, y despues pasar en casa de su escribano para firmar su testamento, que habia mudado la víspera. ¡Ay Dios mio, le dijo este ayuda de cámara con las lágrimas en los ojos! ¿A qué fin, señor, esta triste precaucion? ¿Estais malo? Te juro, le respondió, que estoy perfectamente bueno; pero el Profeta nos enseña que la vida toca á la muerte, y estoy resuelto á no principiar ningun dia en lo por venir sin pensar que podrá ser el último de mi vida; precaucion que no da la muerte, y es un medio seguro para vivir bien. Por lo demas, añadió, advierte á la familia que no puedo ir hoy á comer á donde están convidados; se come allí demasiado tarde para un hombre que estará en ayunas, y por otra parte he consagrado todo este dia al recogimiento y á la oracion. Dirás á la Marquesa que exijo absolutamente que no falte á su convite, y que me agraviaría mucho si pensase en ello. Me harás preparar mi sopa, y solo un pollo. Mi hermana habia ido á cumplir sus obligaciones con las princesas; este hombre fué á buscarla allá, y la

dijo tan positivamente que el Marqués deseaba que fuese en casa del Conde D... donde estábamos convidados, que la persuadió á que se fuese allá en derechura. Yo me vestí con la misma intencion, y habiendo entrado en el cuarto de nuestro querido Marqués, le hallé en los postres. Sorprendida de la mudanza que habia hecho en nuestro convite, le pregunté la razon, y le dije que temia estuviese desazonado. No tengas ninguna inquietud, me respondió: hace algunos dias que duermo ocho horas sin dispertarme: tengo mi apetito ordinario, y despues de haberme comido mi sopa y mi pollo, tengo un pulso como el de un niño. Acabando estas palabras alargó el brazo, cae en el mismo instante en su canapé, y espira. Mis gritos trajeron toda la casa; fueron corriendo á buscar sacerdotes y médicos; pero ¡ay! todo era inútil, pues ya no vivia. Mi esposo, presente á este triste espectáculo, cae en un estado poco diferente del muerto, y agoviada yo, aterrada con semejante vista, fué menester que el interés de mi pobre hermana sostuviese mis espíritus, prontos á abandonarme. Hago llevar al Conde á mi cuarto, y despacho un lacayo á mi hermana para suplicarla que se vuelva, diciéndola que mi esposo ha tenido una congoja que no nos permite ir á compañarla. En este intervalo, el

Conde volvió en sí, y le hice conocer lo que importaba preparar por grados á la Marquesa para el conocimiento de su pérdida: ella entró en este mismo instante; y como el ayuda de cámara del Marqués la habia dicho de parte de su amo que estaria fuera toda la tarde, no se asustó de no verle allí; pero insistió en que se le advirtiese prontamente del estado en que estaba su amigo. ¿Luego ha estado muy malo? nos dijo, viéndonos á todos llorar, y descubriendo á su confesor, que es el de toda la familia? El médico, que estaba prevenido, la dijo que aun no estaba enteramente fuera de riesgo; lo que causó á la pobre Marquesa terrores, que no se pueden explicar, y que solo eran preludio de los que la quedaban que sufrir. ¡Ay de mí! Mi dolor sobrepujaba al suyo; la quedaba aun alguna esperanza en la desgracia que sentia de mi esposo, y la pérdida que me arrancaba lágrimas, no tenia remedio. Habiéndola su confesor llamado aparte, la dijo: Señora, no debemos lisongearnos; el médico me asegura que esto se terminará con la muerte. Por Dios os pido que hagais uso de vuestro valor y religion para consolar á vuestra pobre hermana. Es menester mostrar en este momento, como dice San Pablo, que los cristianos no pueden afligirse como los paganos por la muerte de sus pa-

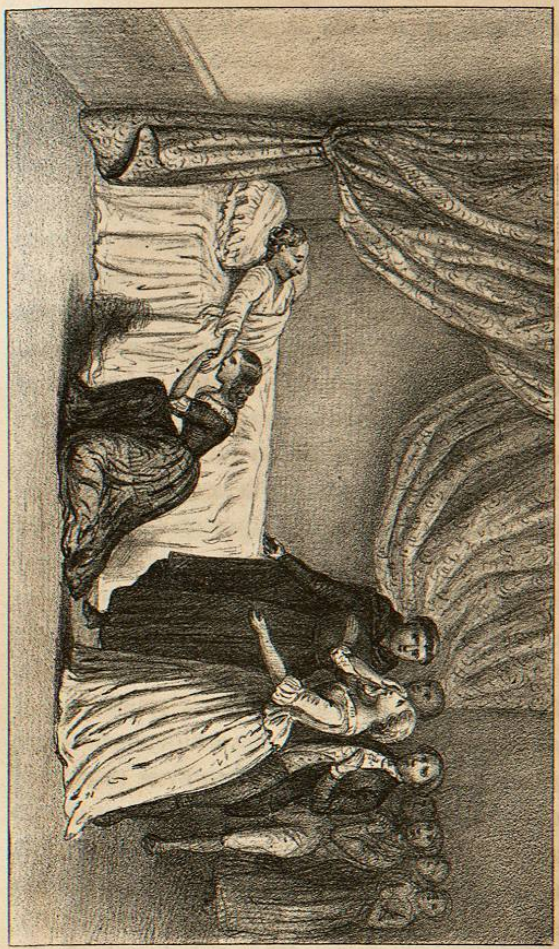
rientes, por la certidumbre en que están de que lo que es verdaderamente una muerte para los infieles, no es para ellos mas que un sueño, y el paso á una mejor vida. Quiero quedarme solo con el enfermo, pasaos al gabinete de la Condesa, y forzad vuestro dolor al silencio para proponerla á la vista todos los motivos de sumision á la voluntad divina que vuestra fé podrá sugeriros. Mi hermana no respondió sino con un suspiro, levantando los ojos y las manos al cielo; se dejó llevar al gabinete, donde la seguí, y durante una hora que estuvimos allí juntas, me habló de la sumision que debia yo á Dios, de un modo tan sublime, que parecia inspirada de lo alto. ¡Qué pensamientos eran entónces los mios! Vos podeis representároslos. El ensayo que haciamos nosotros de la sensibilidad de este corazon demasiado tierno, nos hacia estremecer con el temor de lo que iba á experimentar cuando conociese su pérdida. Bien conoceréis que se habian dejado médicos y cirujanos cerca del cuerpo de mi pobre cuñado. Algunas veces una especie de letargo tiene todas las apariencias de la muerte; me lisonjeaba en secreto á pesar mio, y solo pensaba en los medios de detener á mi hermana todo el tiempo que pudiese, para dejar á los que estaban cerca del Marqués el de experimentar por

todos los caminos posibles si nos quedaba alguna esperanza. Habiéndome propuesto el médico que tomase un cordial para sostener mis espíritus, la Marquesa para empeñarme á ello, consintió en darme ejemplo; á cada instante preguntaba si habian vuelto los que ella habia enviado para buscar á su esposo, y se lastimaba de la impresion que haria en él semejante noticia. Yo pedia á Dios que me inspirase los medios de descubrirla la verdad, cuando oí por toda la casa grandes gritos, y entre muchas voces confusas, discerní ésta: el Marqués no ha muerto, pues ha hecho algun movimiento. Mi hermana, que la oyó tambien, echó á correr á la puerta con tanta aceleracion, que no pude detenerla; y atropellando la tropa de criados que rodeaban la cama en que estaba tendido su esposo, se precipita sobre él, y queda sin conocimiento. Se la llevó á mi cuarto; se la acostó sin que volviese en sí, y de este modo estuvo algunas horas. Vuelve á su acuerdo y se la sostuvo con la idea de que su esposo vivia aun; y que un violento ataque de apoplegía nos habia hecho creer que estaba muerto. Sus primeras inquietudes fueron por el alma del Marqués; su confesor, que no la habia dejado, la aseguró haciéndola la relacion que os he hecho al principio de esta carta. Se extendió mucho

sobre la piedad con que su esposo habia llenado sus obligaciones, sin preveer la necesidad tan próxima. Este discurso pareció divertir el dolor de mi hermana, y como vió que no podia esperar la libertad de hacerse llevar al lado del Marqués, cerró los ojos, y se recogió para orar con un ardor, que hubiera movido á los mas bárbaros. No se interrumpia sino para preguntar de cuando en cuando como estaba el enfermo. El Conde creyó que era menester aprovecharse del momento en que su fervorosa oracion habia fortificado su alma, para darla el golpe, fatal. Nuestro silencio á la última pregunta que nos hizo sobre su estado, la instruyó de su pérdida. Yo temblaba por el temor de lo que iba á seguir: conocia yo poco el poder de la fé; á Dios fué á quien se dirigió mi afligida hermana, y durante un cuarto de hora sacrificó al cielo lo que tenia de mas querido sobre la tierra con tan enérgicas palabras, que hubiera enternecido á las mismas piedras. Todos se anegaban en lágrimas, hasta los mismos médicos. Decidieron que era menester sangrarla; ella presentó su brazo sin hacer ninguna resistencia. Sus ojos estaban enjutos, y parecia tan tranquila, que se hubiera podido dudar que conocia su desgracia. Despues que se la vendó el brazo, se dirigió á mi esposo, y le di-

jo: querido Conde, tengo dos gracias que pedirte, y te prevengo que no podrás negármelas sin quitarme los únicos medios de consuelo que están en tu poder. La primera es decirme todas las circunstancias de mi pérdida, y las últimas palabras de mi esposo. La segunda permitidme acercar á lo que me queda de un esposo tan querido: no temas para mí las resultas de esta condescendencia; persuadida á que mi esposo está actualmente en el seno de Dios, me avergonzaria de mostrarme indigna con los extremos de mi dolor de haber sido la esposa de un predestinado. No veré su cadáver bajo el funesto aspecto de la muerte; le miraré glorioso, resucitado, y tal como le espero ver en el dia del juicio final; solo este punto de vista es capaz de volver la paz á mi alma. Dudamos algun tiempo en rendirnos á sus deseos; pero al fin, el Conde y su confesor fueron de dictámen de darla este gusto, y el suceso justificó el partido que se tomó. Se llamó al ayudante de cámara, y anegándose en lágrimas, refirió á su ama la conversacion que habia tenido con su amo aquella misma mañana. Yo me esforcé á decirla las últimas palabras que habian salido de su boca. Ella escuchaba con una atencion tranquila, pero ansiósa; pareciendo que buscaba unir en el fondo de su corazon por un

lado todos los motivos de afligirse, y por el otro todos los de consolarse. Despues se levantó, y fué con un paso firme hácia el cuarto del Marqués; se arrodilló al lado de su cama, besándole respetuosamente la mano; y fijós los ojos en aquel rostro, que parece que habian respetado los horrores de la muerte; oró en silencio con tanto fervor, que no dudo que sus oraciones hayan abierto el Cielo al Marqués. Ella misma pareció persuadida de esto; su cara pálida y moribunda se animó por grados, y volviéndose despues hácia nosotros, con ojos en que brillaba todo el fuego de la esperanza; es bienaventurado, nos dijo, no profanemos con indiscretas quejas el dia de su triunfo. Dió de comer á Jesucristo cuando tenia hambre, le vistió cuando estaba desnudo, le asistió en su enfermedad, y el Dios de toda magnificencia, á quien no se puede sobrepujar ni igualar en generosidad, le ha vuelto el ciento por uno de lo que habia dado en esta vida, inspirándole que se reconciliase con él en los pocos dias que le dejaba, é inmediatamente que su alma ha dejado su cuerpo, le dijo: *Ven bendito de mi Padre, ven á poseer el reino que te estaba preparado desde toda la eternidad.* ¡Oh felicidad! ¡Oh gloria sin medida! Señor, completad vuestra obra; no habeis coronado sino á la mitad,



Nº 22.

Pag.ª 226

la otra permanece aun en este valle de lágrimas; abreviad los dias de su destierro, ó si vuestra sabiduría quiere alargarlos, haced que esté yo unida sin distraccion á la parte de mí misma, que no tiene otra ocupacion que amaros, y cantar vuestras alabanzas. Y tú querido esposo mio, tranquilo en el seno de tu Dios, no olvides á tu afligida esposa, que has dejado espuesta en una mar tempestuosa, y llena de peligros. Tú conoces al presente que no ha deseado jámas para tí sino la gloria de que te veo poseedor; la salvacion de mi alma no me era mas querida que la tuya; este era el fin de todos mis deseos, de todas mis palabras, de todas mis acciones, y de todos mis pensamientos.

Ya me conoceis, querida madre mia, que no soy llevada á creer las cosas estraordinarias; sin embargo, sea que obrâse mi imaginacion inflamada por el discurso de mi hermana, sea que Dios haya querido por una señal visible consolar á esta heroina cristiana, lo cierto es, que nosotros hemos creido ver un movimiento en aquella mano fria y helada, sobre la cual mi hermana ponia sus lábios, como para demostrarla el consentimiento que él daba á la fervorosa súplica que acababa de dirigirle. Mi hermana está persuadida de este milagro; y lo que yo miro como

otro, y que parecerá tambien grande á los que la conocen, es que aquella muger tan débil, tan tímida, tan reservada, haya hablado con tanta fuerza y magestad cerca de una hora, porque no os digo sino la mas mínima parte de su discurso. Fué interrumpida por el escribano, á quien la voz pública habia dicho nuestra pérdida, y que venia á proponer la abertura del testamento. Os envio cópia de él, madre mia; porque es una pieza digna de pasar á nuestros descendientes. Hemos conservado tres dias el cuerpo del Marqués, á causa de haber sido su muerte repentina, y los hemos pasado al lado de su cama, de donde no se ha separado mi hermana sino para tomar algunas horas de reposo. Algunos amigos que habian venido para consolarla, se han vuelto llenos de admiracion de su firmeza, de su fé y de su dolor respetuoso. El Rey tuvo la bondad de enviar á visitar á mi hermana en los primeros momentos. El Conde, inmediatamente despues de la pompa fúnebre, fué en nombre de la Marquesa á darle las gracias y á pedirle el permiso de conducirla á vuestra soledad, donde quiere pasar el tiempo de su luto, y por evitaros la sorpresa, es por lo que venzo la pena en que me hallo, para haceros esta relacion. No he insistido mucho en acompañar á mi hermana; mi

adelantado embarazo me impone la ley de cuidarme, y por otra parte, este pais me procura ventajas, qué me seria dificil hallar á vuestro lado. Estoy completamente abatida, y no se pasa un solo dia en que no encuentre los medios mas eficaces para destruir mi orgullo; parace que todo el mundoha olvidado las leyes de la humanidad en mi favor, y se complace en anonadarme. Cuán peligroso es, ¡Dios mio! haber estado embarazada en las tristes circunstancias en que vos lo habeis estado, me decia una señora hay mucho que temer para vuestro hijo, y seria cosa bien triste que su mente se resintiese de vuestro mal Al primer movimiento hubiera yo saltado á la cara de esta muger; pero Dios me tuvo de su mano.

No temais, Señora, la dije: mi enfermedad no procedia de un desórden de los órganos, sino de la violencia de mis pasiones, y espero de la divina bondad que no permitiria que la cabeza de mi hijo padezca semejante dolencia. La gracia me dió tal fuerza en esta tentacion, que habiendo alabado esta pobre muger una pieza de china que habia en mi cuarto, tuve un verdadero placer regalándosela en reconocimiento del bien que me habia procurado. Hablando de los últimos deberes que hicimos al Marqués, me he servido de la palabra pompa fúnebre, y esta voz no fué

jamás peor empleada, habiendo querido mi hermana que se siguiese respecto á esto la última voluntad de su esposo.

COPIA DEL TESTAMENTO DEL MARQUES D.***

En el nombre de la Santísima Trinidad, á quien adoro, y á quien amo de todo mi corazon, declaro que muero en la fé de la iglesia, que es una, Santa, Católica, Apostólica Romana, creyendo con el corazon y espíritu todo lo que ella enseña, porque es el órgano del Espíritu Santo.

Dejo á Madama de Montier, mi muy amada suegra, veinte mil libras pagadas por una vez, en agradecimiento del bien que me ha hecho en todo el espacio de mi vida, particularmente abriéndome los ojos sobre una pasion, cuya víctima iba á ser.

Dejo á cada una de mis cuñadas solteras, cinco mil libras; á mi ayuda de cámara, trescientas de renta, y se lo recomiendo á la Marquesa; á cada uno de los otros criados una recompensa, que dejo á la disposicion de mi esposa, á quien hago universal heredera de todo lo que pueda pertenecerme en el dia de mi fallecimiento, queriendo que mi hijo dependa absolutamente de sus bondades. Estoy tranquilo por la suerte de

este querido hijo, y no puedo asegurar mejor su fortuna, que poniéndola en manos de su madre.

Habiendo hecho reflexion en aquel precepto, *dad mucho si teneis mucho*, no he podido ménos de reconocer que hasta este dia mis limosnas han sido demasiado cortas. Por esto desde hoy destino la mitad de mi renta para los pobres. Si perdiese esta mitad por un accidente, seria menester minorar mi gasto; haré pues en lo futuro por el amor de Dios, lo que haria entónces por necesidad.

Si muero, quiero que la Marquesa tome de mis bienes con que alimentar y mantener su casa con decencia, y deseo que lo sobrante se emplee en obras pías, sin querer atesorar. Mi renta, tal como es en el dia, bastará á mi hijo si es hombre de bien, y será demasiado considerable si no lo es; exhorto á mi esposa á que no le deje sino la parte que crea empleará bien.

Pido que se me entierre como los pobres, y que no se emplee mas de cincuenta libras á este efecto. Que no esperen hallar dinero contante al tiempo de mi muerte. He dispuesto hoy de veinticinco mil libras que me quedaban para restituciones, y siempre será distribuido en lo porvenir lo que me sobre, á excepcion de cuarenta doblones que reservaré para las necesidades urgentes.

Recomiendo al Conde, mi esposa y mi hijo, que les sirva, despues de Dios, de protector y de padre. No le dejo nada, como tampoco á su esposa, porque no lo podria hacer sin quitárselo á los pobres, para los que me da Dios tal ternura, que desearia poderme quitar todo lo que no es absolutamente necesario á la naturaleza; y no reservo lo preciso para la decencia de mi estado, sino por obedecer á mi director.

Exhorto á mi hijo á que conserve á su madre y á su abuela el profundo respeto que he procurado inspirarle; que se acuerde de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, fuera de amar y servir á Dios: que yo querria borrar con mi sangre aquel gran número de años sacrificados á la vanidad, á la inutilidad, y al pecado. He pasado por un hombre de bien, y he llenado la idea que, segun el mundo, se aplica á esta palabra, pero conozco que á los ojos de Dios, solo he sido un miserable; sin embargo, espero en su misericordia. Me habia faltado la educacion cristiana; mi hijo no tendrá esta escusa; si fuese tan desgraciado que se apartase alguna vez de los principios que se le han dado, le abandono enteramente, y echo mi bendicion sobre él, segun la obediencia que tenga á su virtuosa madre, y á su respetable abuela.

Como espero, querida madre mia, que la lectura de este testamento hará en vos la misma impresion que en mi hermana, me doy prisa á enviárosle, aunque ella lleva una cópia. Ved aquí cuales eran las disposiciones del Marqués la víspera de su muerte, y lo que estaba resuelto á hacer. ¿Podreis vos no decir con mi hermana que está en el seno de Dios?

CARTA XLII.

DEL CONDE D.*** A LA CONDESA.

No te escribo, querida mia, mas que dos letras, porque estoy resuelto á no permanecer aquí sino dos dias. Nuestra digna madre me insta á que la deje á ella mirando la situacion en que te hallas. Lleva nuestra pérdida con aquel valor cristiano que nada disminuye de la sensibilidad, pero que da fuerza para soportarla. Nuestro viage ha sido feliz, y nuestra querida Marquesa me ha ofrecido en él, igualmente que en Turin, el espectáculo de una virtud mas que humana. Nuestra madre, muger consumada en la virtud, nada ve superior á ella; y no cesa de levantar las manos al cielo en reconocimiento de las gracias que le ha hecho, dándole tal hija y tal yerno.